

expedición, y que todo se redujera á un paseo ó crucero de 104 días por el canal de la Mancha, sin más que algunos choques parciales?

Floridablanca en su citado *Memorial*, es quien mejor y con mayor brevedad lo explica: «La unión de las escuadras combinadas, española y francesa, debió hacerse en principios de Junio, y hasta fines de él, no permitieron los vientos salir de Cádiz á la española. Por consecuencia, la unión no pudo tener

efecto hasta fin de Julio, sobre el cabo Finisterre, donde estuvo esperando mucho tiempo la francesa» que se había anticipado á salir de Brest inútilmente con solo tres meses de víveres, «y las operaciones dentro del canal de Inglaterra, se hubieron de empezar en Agosto, en que ya daba poco tiempo para ellas la próxima estación del otoño, como así sucedió.

»Bien pudo nuestra escuadra estar en la mar desde el mes de Abril, y esta fué mi opinión, para



Brest

lo que teníamos el justo motivo de salir á recibir y asegurar nuestra flota comerciante, que venía y se esperaba de Indias, con lo que, si se verificaba el rompimiento, estábamos en disposición de obrar sin retardos, pero el recelo de que esta salida aumentase las desconfianzas de la Inglaterra y apresurase la guerra... hizo que prevaleciese el dictamen contrario, de suspender por entonces la salida de nuestra escuadra.

»Verificada la unión de las escuadras combinadas y su entrada, á los principios de Agosto, en el canal de Inglaterra, se adoptó por el gabinete de Francia la idea de atacar y batir á la escuadra inglesa, ó de bloquearla en sus puertos, antes de tomar las tropas de desembarco que estaban preparadas en tres puntos diferentes de la costa. Procuramos combatir este proyecto, probando, á mi parecer, con evidencia, que todo se malograría siguiendo aquel sistema.

»Las escuadras combinadas se componían de sesenta y cinco navíos de líneas efectivos, á los cuales jamás se presentó, ni podía presentar la inglesa, compuesta, cuando más, de treinta. No era creíble ni esperable, conseguir el ataque de las fuerzas inglesas en el canal, donde tenía tantos puertos y recursos para refugiarse, ni tampoco era posible un bloqueo permanente de ellas en aquellas estrechuras, en que debían sufrir continuos é irresistibles vientos, y más en la proximidad del otoño. Así, pues, se verificó que la única vez que fué vista la escuadra inglesa, huyó á todo trapo, y sólo se pudo tomar el navío *El Ardiente*, por la celeridad y valor de dos fragatas.

»Nuestra propuesta era, que las escuadras combinadas tomasen bajo su convoy las tropas de desembarco, las cuales en pocas horas podían estar dentro de Inglaterra, sobre el punto de ataque que se había concertado y elegido y que la escuadra

inglesa no podía evitarlo y habría de atacar las combinadas con tan gran inferioridad de fuerzas, que se exponería á una derrota general, y á dejar á la Inglaterra sus puertos y costas al arbitrio de los vencedores.

»Dios quiso que no se siguiese esta idea; que viniese el otoño con sus temporales; que las escuadras hubiesen de retirarse á Brest sin fruto, y picase una epidemia tan grande con los equipajes y tropas

de la escuadra, que pasaron los enfermos de la francesa de doce mil y los de la nuestra de tres mil. El mayor aseo y cuidado de los buques españoles, aunque más en número que los franceses, contuvo los progresos de las enfermedades en los términos que llevo dicho.

»Fué por consiguiente preciso de esta calamidad, el desarmar los navíos franceses para la curación de los equipajes, para purificar los buques y atajar la



Duque de Chartres, después duque de Orleans (FELIPE IGUALDAD)

epidemia, y de aquí dimanó la necesidad de renunciar por aquel invierno á todo proyecto de invasión contra Inglaterra.»

Los historiadores franceses, aun los que tienen la obligación de estar más enterados, no se atreven á confesar que el fracaso de la expedición se debe á no haberse seguido el plan del conde de Aranda, esto es, á la falta de dirección y de iniciativa que el gobierno francés demostró durante toda la campaña. Las *Memorias* de Rochambeau lo prueban, al asegurar que el gobierno francés rechazó el plan de Lafayette, de recorrer las principales ciudades marítimas de Inglaterra para ponerlas á contribución. Tales como Liverpool, Bristol, etc. «El grande establecimiento de Portsmouth no estaba mejor armado y de seguro que hubiese sido destruído.» Pero «la economía y la timidez de los ministros, hicieron que fracasara este atrevido golpe.» La opinión pública que rara vez se engaña, acusó enérgicamente al gobierno del ningún resultado de la

campaña, y el gobierno para salvarse destituyó del mando de la escuadra á de Orvilliers, que se retiró del mundo aburrido por el peso de la injusticia y por el dolor de haber visto perecer en sus brazos á su hijo, que murió en la campaña del es-corbuto.

Desde este fracaso la alianza franco-española quedó muy quebrantada. Retiráronse á Brest las dos armadas aliadas para rehacerse, y como era de esperar que Inglaterra haría un esfuerzo para abastecer á Gibraltar que tenían bloqueado por mar y tierra desde el principio de la campaña el anciano y célebre marino Barceló y el general Alvarez y Sotomayor, España dispuso sus fuerzas para prevenirlo, contando con el apoyo de Francia. Para que este no resultase fallido (tal vez algo se temía), el conde de Aranda pasó de París á Brest para apresurar el armamento y salida de la escuadra, pero antes de que estuviera dispuesta, salió la inglesa al mando de Rodney sin que de ello se tuviera noticia

en Francia, topó en las costas de España con un convoy de quince velas escoltado por un navío y cuatro fragatas cargado de víveres y provisiones para la marina, expedido desde Caracas, y no dejó que escapara un solo buque (8 de Enero de 1780), ¿qué se habían hecho de las escuadras españolas?

«Don Luis de Córdoba, dice Floridablanca en su citado *Memorial*, dejó á su pase en los lugares de Galicia, cuatro de sus quince navíos, que no podían continuar sin grave incomodidad el viaje, para que se reparasen, y esto fué muy bien hecho; aquel general siguió con once navíos hasta las costas de Cádiz, pero habiendo sabido que por la fuerza de un temporal se había visto forzado D. Juan de Lángara á embocar el estrecho y pasar al Mediterráneo, se detuvo á su entrada en él para aguardarle.

»Se habían dado órdenes anticipadas á Córdoba para que entrase en Cádiz, hiciese reparar prontamente sus navíos, y entretanto pasase á la bahía de Gibraltar para visitar y arreglar las operaciones del bloqueo, cortando las desavenencias que allí habían ocurrido entre los jefes, y los perjuicios que el servicio padecía con ellas; pero tomada la resolución que llevo dicha por el mismo Córdoba de detenerse á la boca del estrecho para suplir la ausencia de Lángara, dió cuenta de ella, y se le aprobó por medio de la secretaria de Marina, cuya determinación supe cuando se me dijo haberse expedido un correo para comunicarla á aquel general.

»Detenido Córdoba á la entrada del estrecho en los meses de Noviembre y Diciembre, sufrió su escuadra otro temporal tan fuerte, que estuvo para perderse en la costa de Africa con el navío *La Trinidad*, que montaba él mismo, y habiéndose maltratado todos los de su mando, en términos de no poder mantener el crucero, se vió obligado á entrar en Cádiz á repararse.

»Entre tanto, Lángara, habilitado y compuestas las averías de su escuadra en Cartagena, volvió á salir del Mediterráneo, pero ya no encontró á Córdoba en el Océano, ni los buques de la escuadra de éste se hallaron en estado de salir á unírsele, por el gran descalabro que habían padecido á la entrada del Estrecho.

»Los cuatro navíos que Córdoba había dejado á su paso por Galicia, y otros más, se pusieron en estado de salir, y se mandó á D. Ignacio Ponce que se viniese con ellos inmediatamente para unirse con los de Córdoba y Lángara. Hallábase Ponce enfermo á la sazón, y se repitieron las órdenes para que otro se encargase del mando y se uniese al instante con aquellos buques. El celo de Ponce le hizo de-

sear cumplir por sí mismo estas órdenes, creyendo verse restablecido dentro de poco tiempo; pero aunque en esto no hubo más retardación que la de quince días, cuando llegó á salir experimentó sobre el cabo de Finisterre otro temporal que le obligó á retroceder y refugiarse con sus navíos maltratados en los puertos de Galicia.

»Al tiempo que se experimentaban estas desgracias en los mares de España, se procedía con extraordinaria lentitud en Brest para reparar y habilitar los veinte navíos franceses que debían unirse á los veinte españoles. La lentitud fué tal, y tan poca la esperanza de los jefes de aquellas escuadras de que hubiesen de salir á atacar á la inglesa que debía venir al socorro de Gibraltar, que pensó y escribió nuestro embajador en París, podían pasar á ver aquella corte el general español Gaston y otros oficiales por algún tiempo; repugnóle esto, y se volvió á instar para la habilitación de las escuadras combinadas y su pronta disposición á combatir la enemiga, cuando saliesen de sus puertos.»

La escuadra española de Brest se quedó, pues, esperando que la francesa estuviera pronta, pero ínterin se disponía cruzó por enfrente Rodney sin ser sentido, se apoderó del convoy que la casualidad puso en sus manos, y tropezó con Lángara que iba en busca de Córdoba entre Cádiz y Cabo de Santa María el día 16 de Enero de 1780. Sorprendido Lángara pero no el inglés que marchaba prevenido, dispuso su línea de combate formando media luna para envolver la escuadra española. «Borrascoso el tiempo, dice Lafuente, alterado el mar, próxima la noche, y muy superior en fuerzas el enemigo, mandó Lángara volver proas hacia el puerto con acuerdo de los jefes de los demás buques. Adelantáronse y se alejaron los más veleros; mas siguiéndole Rodney, á quien el viento favorecía, y viendo inevitable el combate, se aprestó á sostener con los pocos que le quedaban una heroica lucha, que heroica fué por cierto. Empezó ésta á las cuatro de la tarde, y duró ocho horas en medio de una horrorosa tempestad y de una noche profundamente oscura. En el principio de la acción una llamarada alumbró de pronto el navío *Santo Domingo*, de sesenta y cuatro cañones, que había perdido el palo mayor por un golpe impetuoso de viento: á los pocos instantes el navío desapareció sumergido en las olas. Fuerzas triplicadas inglesas cargaron entonces sobre cada uno de los buques españoles: el *Princesa*, el *Diligente*, y á su ejemplo los demás, se defendieron maravillosamente cada uno contra tres ó cuatro navíos enemigos. Cuatro rodearon y embistieron el *Fénix*, que

montaba Lángara, y más de seis horas se defendió vigorosamente este valeroso marino, hasta que perdido el palo mayor y el de mesana, herido él mismo en la cabeza y en un muslo, perdido el sentido por algunos instantes, hallóse rendido y prisionero. Diez horas resistió á ataques igualmente rudos el *San Julián*, último que se rindió, herido su jefe el marqués de Medina, no menos lastimosamente que Lángara.

«Pero un incidente extraño, hizo que éste valeroso capitán hiciera prisioneros á los mismos que le apresaron á él. Los oficiales y marineros ingleses del *Real Forge* que se apoderaron de su navío, se vieron tan perdidos en aquella noche terrible, sin conocimiento de la costa, que tuvieron que apelar al experimentado marino español para que les sacara á salvo de situación tan apurada. El marqués puso por condición, que se habían de hacer sus prisioneros, á lo cual ellos accedieron á trueque de salvar sus naves y sus propias vidas. De esta manera entraron en Cádiz los navíos *San Julián* y *San Eugenio*, llevando los vencidos prisioneros á sus mismos vencedores.» Este heroico combate, preludio de los muchos con que acabará con el siglo la marina española, no influyó en lo más mínimo en la moral de España y de la marina. Fué un accidente funesto, desgraciado é imprevisto, y Carlos III recompensó á los vencidos muy justamente con el ascenso inmediato y con pensiones á las familias de los fallecidos. Pero Rodney había conseguido con este combate abastecer á Gibraltar, y con esto, quedaban malogrados todos los esfuerzos de la campaña.

La nueva campaña, era de esperar que principiase con el ataque de Rodney, que tenía misión de dirigirse con su escuadra á América, pues, Gaston pudo salir, al fin, de Brest con veinte navíos españoles y cuatro franceses, los únicos que estuvieron dispuestos para acompañarle, pero llegaron tan atropellados por efecto de los temporales, que no pudieron salir de Cádiz en algún tiempo, como sucedió á los de Córdoba. Rodney, á pesar de que los temporales no hubieron de respetarle, y de haberse batido, estuvo dispuesto muy pronto para salir de nuevo á campaña, sin que los buques reunidos en Cádiz que excedían en un tercio á los ingleses, hiciesen nada por impedirse por las dichas circunstancias ó por otras que no podemos precisar.

Sin embargo, cuando Rodney apareció en las Antillas, habíamos ya mandado allí un socorro de doce navíos y doce mil hombres de desembarco para defender la Habana y Puerto-Rico, al mando del marqués del Socorro, D. José Solano. Este

socorro fué tan oportuno, que no sólo aseguró nuestras posesiones antillanas, sino que se consiguió enfriar el entusiasmo sospechoso de algunas de nuestras colonias por la revolución americana. Solano consiguió también, á pesar de las maniobras de Rodney, unirse con la escuadra francesa, consiguiendo así las escuadras combinadas gran superioridad sobre la enemiga.

Pasóse el invierno y los meses de primavera en reponer las escuadras aliadas europeas, haciéndose sentir desde luégo las fatales consecuencias de la mala dirección de la campaña de 1779. «Los franceses, dice Floridablanca, intentaban volver á Brest para contener al enemigo á la salida del canal y molestar su marina y comercio; pero escarmentado vuestra majestad de la inacción y desgracias de la campaña precedente, no sólo no quiso consentirlo, sino que para el caso de salir á Cádiz la escuadra combinada, dió órdenes al general Córdoba, de no alejarse y de no dejarse llevar de cualesquiera ventajas ó urgencias que le figurasen los comandantes franceses para abandonar nuestros mares.» Sabido esto ¿es de extrañar que se pasaran los meses sin hacer nada, y que en pleno Julio tuviéramos nuestra armada navegando entre cabos San Vicente y Santa María, sólo para sustraerla de la murmuración y de la vergüenza de tenerla encerrada dentro de nuestros puertos?

Una confidencia oportuna, dió ocasión para que Floridablanca prestase un gran servicio á la marina. Desempeñaba por ínterin el ministerio de Marina por haber enfermado el ministro propietario, cuando recibió aviso de que iba á salir de Inglaterra un convoy de cincuenta y cinco buques, convoyado por tres buques de guerra para la Jamáica y Estados-Unidos, que cayó en poder de la marina española, sin que se lograsen salvar más que los tres buques de guerra en las alturas de las Azores, presa importantísima, no sólo por su valía material, pues, se estimó en más de 140 millones, sino porque se dejaba sin los recursos y refuerzos prometidos á las posesiones de la América inglesa.

¿Pero qué había sido de Rodney? Rodney, tan pronto llegó á las Antillas, buscó la escuadra francesa para batirla. Ya no la mandaba de Estaing, á pesar de la gloria que había conseguido en la anterior campaña, sino el conde de Guichen, no menos inteligente y bravo. De Estaing fué relevado de su cargo, porque el real y noble cuerpo de la marina no quería sino ser mandado por oficiales de su rango, y de Estaing era un marino de fortuna y por consiguiente, partidario de los marinos *azules* ó de